

Los habitantes eternos del Bella Nápoles

Mauricio Vallejo Márquez

Frente a la puerta de vidrio está colgado un letrero en mayúsculas que dice: «Hay tamales». Las paredes están colmadas de recortes de periódicos enmarcados en los que se cuenta un poco de su vida y como fondo musical la cafetera italiana acompaña con un leve tronido a una melodía de jazz.

Las mesas oscurecidas por los años comienzan a llenarse. Las meseras disponen el menú y aguardan el pedido. Lo de rigor es el café, lo sirven en un pichel de aluminio que aromatiza la mesa. Vierto despacio su contenido en una taza blanca cubierta en buena parte de rayones grises que son el esbozo de muchas personas que tomaron su bebida acá. Nombres que pueden ser conocidos o extraños para el mundo. No son las tazas originales, aquella en la que podríamos decir con toda certeza que era la preferida de Roque Dalton, pero la casualidad se podría dar porque aún guardan las primeras vajillas.

Tomo mi desayuno y observo el local, con los mismos colores y olores con los que lo visité por primera vez. Pasa una mesera y recoge mis platos. Endulzo el café y veo desde las vitrinas andar a la gente. Aunque uno de sus ventanales está tapado por un enorme puesto de películas piratas, las puertas de vidrio aún muestran que San Salvador está vivo.

Tras el chirrido de la puerta comienza el ritual. Y suave escucho el murmullo de la gente que conversa, leve sonido parecido a la marea que se va haciendo cada vez más fuerte. Entre ellas quizá se esconde la voz de un poeta muerto que aún diserta en una de sus mesas o que aguarda en silencio viendo a los visitantes, calculándolos hasta la saciedad mientras la cafetera italiana vuelve a gri-

tar y mostrar presencia. Pero este ruido no inmuta a la gente que continúa en sus charlas. La mesa es su mundo, donde le dan solución a los problemas del universo.

Desde su fundación el 17 de junio de 1961 dos mujeres han visto pasar los rostros, las pláticas y el tiempo. Sonriéndoles a todos, tratándolos con deferencia al mismo tiempo que haciendo crecer su negocio. La primera fue doña Marta de Matamoros o mamá Campanita quien fundó el lugar y lo bautizó con el nombre de su pueblo natal: Nápoles.

Doña Marta siempre estuvo tras el mostrador sonando la clásica campana para llamar a las habitantes de su mundo, las meseras. Tras su muerte en el 2008 dejó de hacerlo. Se sumó a los habitantes eternos del café y de seguro aún suena la campana entre las disertaciones de sus fantasmas.

El lugar de la fundadora ahora lo ocupa su hija Concepción de Gutiérrez, quien continúa la tradición, después de haber acompañado por 30 años a su madre. Siempre tras la caja registradora viendo entrar y salir a sus parroquianos. Como ya trabajaba con su madre decidió quedarse con el negocio y a pesar de las crisis económicas lo mantiene en pie. Quizá no como en los viejos tiempos. Ahora «los días son lentos», afirma, pero aún los viernes y sábados se llena, así como un poco en las tardes de la semana. No como en las décadas pasadas, esas no van a volver, aunque se encuentren guardadas en sus paredes.

Este café es un testimonio del tiempo en plena cuarta avenida norte de San Salvador, en El Salvador, yaciendo inerte mientras la ciudad cambia. El piso es el mismo, sus paredes siempre se han pintado del mismo color, sus mesas y sillas tienen el mismo estilo, algunas son las originales, pero su homogeneidad no permite distinguir cuales. Lo único que cambia es la cafetera italiana, se han comprado tres.

Pero no sólo es el ambiente lo que atrae a las personas, existen tantos elementos: los círculos, el trato de la dueña o de sus meseras, la tranquilidad.

Bella Nápoles es un lugar para beber café y pensar. Esos lugares que prefieren los poetas, los artistas, los maestros y los intelectuales, de los cuales un buen número murieron en la guerra.

Ante cualquier otro es donde habitan. Eternos huéspedes que jamás van a partir.

El café Bella Nápoles es habitado por esos artistas que poco a poco fueron dejando este mundo. Fantasmas que deambulan entre las mesas de madera y formica café claro y amarillo del mismo tono que las sillas, donde muchísimos escritores y artistas salvadoreños compusieron sus coplas, idearon sus bocetos o emborronaron (antes de ser obras maestras) libros y tal vez cuartillas sin éxito, también elaboraron algunas páginas e ideas que pudieron publicarse o que quedaron en el silencio como sus nombres. Los temas literarios se confunden entre las conversaciones sobre filosofía y política, incluso los proyectos de los realizadores de televisión o las discusiones de negocio.

Los primeros teveprogramas en los que se impartía clases por la televisión de los canales nacionales 8 y 10 se planearon aquí en extensas reuniones en las que aportaban ideas el primer tele maestro Óscar Rodolfo Vega, Jaime Martínez, Antonio Villalta y Carlos Burgos. Entretanto en la mesa siguiente los ejecutivos de la Compañía salvadoreña del café hablaban de la situación del café mundial mientras bebían una taza en el Bella Nápoles. Ese lugar curioso donde habitaba la pasión, donde discutían con fervor defendiendo sus puntos de vista. Como un lugar de utopía donde eran hermanos los anarquistas, los marxistas, los socialistas y quién sabe que otros pensadores. Entre sus mesas hubo peleas y reconciliaciones, como si fueran habitantes de otra dimensión en la que todos eran hermanos.

Allí la palabra se paseaba como una dama esperando que alguien la pronunciara y eso ocurría todo el tiempo, así como los pichelos de aluminio rebosantes de café o alguna orden de pizza rellena al mediodía. Mientras los espectros que habitan en sus paredes quisieran hablar, pero su silencio debe ser descifrado como un extraño lenguaje de los códigos que dejaron ocultos los náhuat y que sólo el tiempo podrá descifrarlos, porque a veces el idioma o el destino no lo permite.

En pleno centro de San Salvador, donde está la esencia de sus habitantes, las calles angostas, las cuadras simétricas, el bullicio de los autobuses, los vendedores informales, los mendigos, la delincuencia y la cultura, allí sigue el Bella Nápoles.

Convergen niños y adultos para comer pan con café a las 3:00 de la tarde o algún otro platillo italiano o los tamales tan anunciados. Aquí se ha arreglado el mundo, aquí donde parece no haber conferencias ni discusiones, donde las mesas al abrir el local están vacías como en cualquier otro sitio se ha fraguado la intelectualidad salvadoreña.

Ningún artista o intelectual de El Salvador puede decir que no ha visitado este lugar o que no desea hacerlo.

Sus paredes ahora están adornadas por pinturas en un espacio que llaman el Punto convergente de las artes. No se dan recitales o performance como sucede en otras cafeterías que se denominan bohémias o para intelectuales. El café tiene su particularidad, en cada una de sus mesas se analiza el país, el último libro de España o de Francia, el premio Nobel de literatura y tantos temas que más parece un foro multifacético donde se puede hablar de todo, con un ligero jazz como música de fondo y el murmullo de las voces que van haciéndose cada vez más fuertes como una ola hasta que deben cerrar el lugar a las 6:30 de la tarde, porque «el centro está muerto en la noche, es decir usted sabe, es peligroso», dice Concepción de Gutiérrez.

No hay ninguna diferencia entre estos años y la década pasada, el rito es el mismo, las meseras, las dueñas y algunos clientes. Pero hay cosas que han cambiado aunque no se perciban, pequeños detalles como algunas tazas o como el tapiz de pocas sillas. Lo que no cambia es que el lugar escribe la historia.

En sus mesas disertaron los poetas de la generación del 44. Oswaldo Escobar Velado y Pedro Geofroy Rivas, compartieron con los jóvenes, conversaron con los miembros de la generación Comprometida y a más de alguno lo instruyeron en esas mesas café claro. Roque Dalton, Manlio Argueta, Roberto Armijo, José Roberto Cea, Tirso Canales estuvieron en donde ahora luce el Punto convergente de las Artes; bebieron café y escribieron muchas de sus obras. Cea elaboró su novela Ninel se fue a la guerra. Todos los lunes se presentaba a las 8:30 am y escribía hasta que la terminó. Cea es el escritor que más tiempo pasa en el lugar y el único de los Comprometidos que no falla a su cita con el café. Las meseras y la dueña lo saludan con una enorme sonrisa, el mismo saludo que se dan entre parientes.

También se reunieron los miembros del grupo Piedra y siglo en la década de 1970: Jorge Campos, Ovidio Villafuerte, Rafael Mendoza, José María Cuellar, Luis Melgar Brizuela, Ricardo Castro Rivas y el sonetista Ulises Masís. Salvador Juárez también es uno de los visitantes que aún llega a departir. De seguro allí compusieron más de algún verso en sus tertulias o elaboraron cadáveres exquisitos como aún lo hacen cuando se reúnen. También pasaron por ahí los pintores Camilo Minero, Antonio García Ponce, Augusto Crespín, Bernardo Crespín, Armando Solís, Carlos Ramírez Melara y Antonio Bonilla, quienes participaban en las discusiones literarias y filosóficas o esbozaban en sus cuadernos un bodegón o un retrato. Y no podían faltar los escultores como Dagoberto Reyes que religiosamente llegaba a beber café por las tardes y a conversar.

Los actores Enmanuel Jaen y Norman Douglas incluso ensayaron obras y repasaron guiones. Pero ninguno de ellos quedó tan presente entre sus mesas como los escritores que publicaron en la página cultural Cebolla Púrpura: Jaime Suárez Quemáin, Francisco «Tamba» Aragón, Nelson Brizuela, Mauricio Vallejo (mi padre), Alfonso Hernández y Rigoberto Góngora quienes fueron asesinados en la guerra. Los secuestraron, torturaron o ajusticiaron y a pesar de haber muerto son los eternos habitantes del café.

Los otros, los que lograron sobrevivir fueron envejeciendo y las generaciones cambiando. Sin embargo la mayoría de meseras del lugar son las mismas de hace veinticinco años, salvo alguna excepción. Pero mientras queden rostros conocidos Bella Nápoles será el mismo, aunque afuera el tiempo pase.

Las meseras tienen entre 17 y 30 años de servir café, muchas conocieron a los poetas, pero no los recuerdan por nombre, sino por sus rostros o sus apodos. La niña Martita es un ejemplo de ello, con 22 años trabajando en el negocio, les sirvió el café las veces que llegaron, los saludó. Pero sólo al ver las fotos dice «Sí a él lo conozco» y recuerda, en cambio si se mencionan nombres ni siquiera hace el intento de recordar: «tendría que ver la cara, los nombres no los recuerdo». Ellas aún los ven llegar por las tardes, algunas creyeron que tras los Acuerdos de paz de 1992 los verían atravesar las puertas de cristal para pedir el café de las 3:00 de la

tarde, pero con el paso de los años las esperanzas se convirtieron en resignación.

Estas mujeres escucharon las pláticas de ellos como oír la lluvia. No pusieron atención en todos esos discursos que se confundían con los debates de los gnósticos, lo estudiosos de los ovnis e incluso con los neuróticos anónimos, porque en ese lugar cabían y caben todos los temas. Para ellas era lo mismo, eran clientes más, a los cuales sin conocerlos les guardaban cariño. Pero en los utensilios del café sobrevivieron esos temas. En sus tazas, las cuales aún parecen seguir allí, bebieron café los poetas mientras conversaban de historia, de literatura y de pintura, como de sus hijos, de la cuadra o del clima. Las charlas parecían no tener fin y tras una venía la otra, tras las salida de algunos llegaban otros y la tertulia parecía infinita.

Es una cafetería igual a muchas que como ella se encuentra en el centro de San Salvador, pero existe algo que la hace diferente, en ella habita la historia y se sigue escribiendo como sucedió en los años turbulentos del siglo XX. La gente encontró en el café su refugio. Mientras las calles eran hervideros donde los salvadoreños no sabían si regresarían a casa o no tras el trabajo o el estudio, porque podían ser asesinados por pensar diferente o parecerse a alguno que fuera un revolucionario o por que la mala suerte permitiera a una bala perdida frenar sus vidas.

Las cafeterías se volvieron el lugar perfecto para ampliar las horas de tranquilidad, se convirtieron en templos donde el café y el pan eran la comunión perfecta. Sin quererlo allí dejaron la vida y su juventud muchos de ellos. En esos años los cafés Skandia, Lutecia, Doreña, Teatro y el Bella Nápoles eran los lugares preferidos, de estos sólo sobrevive el último a pesar de haber sufrido dos incendios y tres mudanzas.

Bella Nápoles no sólo fue un lugar de reunión sino refugio de muchos durante la década de 1960, allí se escondieron de la Guardia Nacional los poetas perseguidos. Los maestros que desarrollaron huelgas, protestas en la plaza Dignidad Magisterial y mítines en el Centro de San Salvador vieron en él un oasis que fue irrespetado al iniciar la década de 1980 cuando las cosas fueron diferentes.

El doce de julio llegaron a secuestrar al poeta Jaime Suárez Quemaín y al fotoperiodista César Navarro. Dos chacales vestidos de negro los aprehendieron y a punta de pistola los llevaron a una brutal muerte, tras torturarlos. A pesar de las torturas Suárez conservó el dedo pulgar entre el índice y el anular, que en El Salvador es una señal de irrespeto que significa: «ma», como una provocación a sus captores y un símbolo que caracterizaba a la Cebolla púrpura. Desde ese momento las cosas cambiaron. Toda esa magia de ensueño se disipó y la gente emigró, dejaron de frecuentar el lugar hasta que las cosas se calmaron o hasta que las balas dejaron de sonar.

Esa tarde quedó vacía su mesa y su taza medio llena, pero la cafetería no cerró. Y aunque se corrió el rumor de que era peligroso visitarla, la gente siguió llegando. Quizá a la espera de ver a Suárez disertando acerca de algún poeta. Total, en sus paredes habitan estos fantasmas que con el tiempo se fueron sumando los pintores Camilo Minero y Antonio García Ponce. Mamá Campanita aún los observa tras la caja registradora y suena la campana.

En el café se siente la presencia de todos, en él quedan. En la esquina cerca de un ventanal se encuentra la mesa donde departieron Mauricio Vallejo, Jaime Suárez, José Roberto Cea y Julio Artiga. Los dos primeros fueron mártires, los otros sobrevivieron. Cea siempre llega, mientras el otro salió del país y no ha vuelto al café. Los mártires se sentaban siempre uno frente al otro, mientras los otros dos también. Era su posición de costumbre, cerca de la ventana para ver pasar a la gente, para observar el mundo de afuera como lo hacen los poetas. Hoy las sillas están vacías y los fantasmas de estos dos poetas conversan por la eternidad mientras el resto de mortales entran y salen del café.

No varían las tardes en el viejo café. Siguen llegando muchos de los que vieron a esos poetas, llegan y se sientan en silencio a observar el local, estudian con cuidado sus paredes y toman un sorbo de su bebida. Se sientan silenciosos y ven las horas pasar en esas paredes crema. Beben café y observan a su alrededor como las mesas continúan llenándose, estudian viejos rostros y entre ellos los nuevos que se suman a la tradición, así como los turistas que saben que el tiempo se estancó aquí. Salgo del café y regreso al mundo. Y sin quererlo los escritores muertos surgen de una

columna y se sientan a conversar como lo hicieron cada tarde antes que los silenciaran.

Así como pasa todos los días a las 6:30 de la tarde cuando las persianas de acero cubren las puertas de vidrio.

Fuentes

1. Noticia Secuestro de Jaime Suárez, *La Prensa Gráfica*, 12 de julio de 1980.
2. Artículo «Café Bella Nápoles», periódico *Más!*, 6 de julio de 2002.
2. Artículo «La historia y los recuerdos tienen olor a Café», Revista Dominical, *La prensa Gráfica*, 14 de noviembre de 2004, pág. 26 y 27.
3. Artículo «Un Café desde Italia», Revista Dominical, *La prensa Gráfica*, 14 de agosto de 2005, pág. 4 y 5.
4. Columna de Marvin Galeas, «El café de los poetas muertos», el *Diario de hoy*, 3 de agosto de 2006.
5. Artículo «La Ciudad perdida de Jorge Castellón», *Suplemento Cultural Tres Mil*, Diario Co latino, mayo de 2011.
6. Entrevista con Concepción de Gutiérrez, propietaria.
7. Entrevista con José Roberto Cea, escritor miembro de la Generación Comprometida.
8. Entrevista con Carlos Burgos, ex director de televisión educativa de El Salvador.
9. Entrevista con Inmer Ayala, psicólogo.
10. Artículo «El Café Bella Nápoles» de Carlos Burgos, *Suplemento Cultural Tres Mil* Diario Co Latino, 17 de junio de 2011.
11. Libro *A los que ya no están*, dirigido por Ingrid Leberherz, ediciones Heinrich Böll, octubre de 1999.